



JORDI CANAL

Vida y violencia

Élmer Mendoza
y los espacios
de la novela negra
en México

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Jordi Canal

Vida y violencia
Élmer Mendoza y los espacios
de la novela negra en México

Epílogo de Élmer Mendoza

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Jordi Canal
- © Del epílogo, Élmer Mendoza
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2020

Ilustración de cubierta: Fragmento de la obra *De cómo Kijano, en una noche de insomnio, plasmó en el papel una interpretación libre de «Un asesino solitario», novela ejemplar de su amigo Élmer Mendoza* (2013), de Kijano.

Colección Humanidades, n.º 157

Director de la colección: Juan Carlos Ara Torralba

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12 50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Humanidades de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN: 978-84-1340-098-3

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1067-2020

A mis amigos culichis

Oye, cómo se ha modernizado la ciudad,
a pesar de lo que se dice de la violencia la veo
llena de vida.

Élmer MENDOZA, *Nombre de perro*, 2012

Prefacio.

Elogio del flechazo

De prisa, muerte
que estoy a punto de sucumbir
ante la vida.

Jean Turpy, «S.O.S.»
Escombros, 1994

Muchas personas no creen en los flechazos. Yo sí. La experiencia me ha demostrado que existen en todos los órdenes de la vida. De hecho, este pequeño libro es el producto final de un doble flechazo: uno es de tipo geográfico-cultural; el otro, claramente literario. El primero es por un país, México, y por una ciudad, Culiacán, en los que, como reza una socorrida frase, he llegado a sentirme como en mi propia casa. Cuando allá viajo, tengo la sensación de no ir simplemente, sino de regresar. Estoy convencido de que nunca podré dejar de contemplar con manifiesto embeleso el inmenso valle de México desde el aire, antes de aterrizar o después de despegar. De noche, sobre todo, este «lago de luces palpitantes», como lo nombrara Gonzalo Celorio en *México, ciudad de papel* (1997), es una vista magnífica, estupefaciente, preludio de otras muchas que están por llegar o epílogo de otras que han sido ya disfrutadas.

Pisé México por vez primera en septiembre de 2003. Me habían invitado a un congreso en Guadalajara en homenaje a un añorado historiador, François-Xavier Guerra, preparado por sus discípulas Annick Lempérière y Elisa Cárdenas. Aproveché también para participar

en unas jornadas en el Instituto Mora y estar unos pocos días en Ciudad de México. Me alojé, como casi siempre en estancias posteriores en la capital, en el Hotel Diplomático, en Insurgentes, al lado del Parque Hundido. Desde entonces he estado en distintas partes de México casi todos los años, a veces hasta dos o tres veces el mismo año. Además del par de ciudades citadas y sus alrededores, recuerdo con especial cariño Guanajuato, Mazatlán, Culiacán y San Cristóbal de Las Casas, con una visita a Palenque y un paseo en barca con el gran antropólogo Andrés Fábregas por el cañón del Sumidero. También Veracruz y Xalapa —con Celia del Palacio y Alberto Olvera, una noche asistí a una inolvidable interpretación de *La bruja* en un local de la ciudad por parte del grupo de son jarocho Sónex—, Zacatecas, La Paz o Tijuana, con excursiones mareantes a La Rumorosa y vínicas al valle de Guadalupe, previa degustación al lado del mar de unas típicas y exquisitas langostas con frijoles, arroz y tortillas.

Hice mi particular descubrimiento de la ciudad de Culiacán en marzo de 2010, cuando Mayra Lizzete Vidales, a propuesta de Sergio Arturo Sánchez Parra, que había asistido a un seminario mío en Guadalajara, me invitó a impartir un curso en la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS). Era México, otro México en realidad, aunque igual y poderosamente fascinante. Me prendé con facilidad de la ciudad y de su gente, tan amable y generosa, así como del dinámico ambiente cultural y de la comida del Pacífico, en especial los camarones y los callos de hacha —y, sin duda, de las Pacífico heladas, en botellín o en la convivialidad del tamaño ballena—. En la UAS, en particular, he encontrado siempre un marco intelectual vivo y curioso, formado por docentes y estudiantes abiertos al debate y a la dignificación del cono-

cimiento. La costera Mazatlán conforma un valioso contrapunto de la capital estatal. Si la primera vez que viajé a tierras mexicanas no faltó quien me susurrara al oído que debía ir con mucho cuidado, puesto que allí te asesinaban en cualquier esquina, tanto mi estancia inicial en Sinaloa como las siguientes hicieron que algunas personas, en Europa, pero también entre mis colegas chilangos, me tomaran por alocado o, como mínimo, insensatamente imprudente. Los prejuicios sobre el noroeste estaban y están muy arraigados, vinculados siempre con el narco y la violencia. No soy ingenuo. Ambas cosas resultan innegables —la lectura matutina de los periódicos locales no deja ningún lugar a dudas—, pero responden solamente a una parte de la realidad. Coexisten con una sociedad abierta y acogedora. Con una ciudad, en el caso de Culiacán, llena de vida.

El segundo de mis flechazos es por la obra literaria de Élmer Mendoza. Tengo por costumbre, desde hace tiempo, asociar mis viajes con lecturas, en esencia de novelas, como vía de descubrimiento, comprensión y placer. Cada lectura es, por supuesto, un viaje; pero cada viaje está constituido, asimismo, por una o varias lecturas. Algunas ciudades o territorios aparecen inexorablemente asociados, en mi particular visión del mundo, a libros y autores: Lisboa, *Os Maias* de José Maria Eça de Queirós y la alucinación de Antonio Tabucchi en *Requiem*; Madrid y Benito Pérez Galdós; Ciudad de México y la magnífica novela *Y retiemble en sus centros la tierra* de Gonzalo Celorio, con el paseo por las calles del centro de la vieja metrópoli —y sus cantinas— de la mano del profesor Juan Manuel Barrientos; Nicaragua y Costa Rica y los cuentos, novelas y artículos de Sergio Ramírez; Guatemala, El Salvador y Horacio Castellanos Moya; Lima y la novelística de Fernando Ampuero;

Salvador de Bahía y Jorge Amado —de *Suor a Capitães da areia*—, además del sertón bahiano, impensable sin Euclides da Cunha y Mario Vargas Llosa; Argentina, Juan José Saer, Guillermo Saccomanno y Tomás Eloy Martínez. Las ciudades, regiones y países de papel constituyen maravillosas compañías para una vida supuestamente real. Incluso resultan ideales para habitar lugares en los que nunca hemos puesto los pies. Mi Habana no es hoy otra, por ejemplo, que la diseñada por Leonardo Padura.

Cuando llegué a México en 2003, ya había leído a algunos de los clásicos o aspirantes a serlo: a Juan Rulfo, a Fernando del Paso y las *Noticias del Imperio*, a Carlos Fuentes. De este último devoré también, ya en Ciudad de México, *Los años con Laura Díaz*. Estando en Guadalajara, Elisa Cárdenas me recomendó la citada novela *Y retiemble en sus centros la tierra* de Gonzalo Celorio que, desde entonces, me ha acompañado siempre en mis paseos por el centro de Ciudad de México, aprovechando para recorrer las librerías de viejo de la calle Donceles o para comer chapulines y mole en la Hostería de Santo Domingo. Mi descubrimiento de Élmer Mendoza tuvo lugar en tierras mexicanas. No fue en mi estancia de 2003, sino algo más adelante. El primero de sus libros al que me acerqué fue *El amante de Janis Joplin*, que me impresionó por la fuerza de la escritura y por el tema y, asimismo, me intrigó por su particular uso del lenguaje. Desde entonces me convertí en un fiel lector de todas sus novelas y libros de cuentos. La mezcla de fino humor y abierto sarcasmo, así como la voluntad de no ceder a la fácil tentación de los juicios morales ni de avanzar conclusiones simples, me encandilan. Cuando llegué a Culiacán, en 2010, mi interés por la obra de Élmer Mendoza se redobló. La ciudad real, o

mejor dicho extraliteraria, se fundía finalmente en mi cabeza con la de papel. Me sorprendió comprobar que ya conocía, en buena medida, a su gente antes de relacionarme con ella, los olores y colores de la ciudad antes de olerlos y verlos, su habla característica antes de escucharla, sus calles antes de pasearlas y sus comidas antes de probarlas por vez primera. Además, por supuesto, me encantaba que así fuera.

Los cinco libros protagonizados por el detective Edgar *el Zurdo* Mendieta —*Balas de plata* (2008), *La prueba del ácido* (2010), *Nombre de perro* (2012), *Besar al detective* (2015) y *Asesinato en el Parque Sinaloa* (2017)—, que he leído y releído, me han seguido leal y cálidamente en mis sucesivas estancias en la capital de Sinaloa. Uno de los muchos amigos que me honro en tener en tierras culichis —a ellos está dedicado este libro—, el académico y pintor Carlos Maciel *Kijano*, se ofreció a organizar una cena en su casa para que conociera a aquel escritor que yo admiraba. El encuentro con Élmer Mendoza, tal como explico en la tercera parte de este libro, tuvo lugar en diciembre de 2012. Desde entonces hemos mantenido la comunicación, mucho más frecuente, abusando de su amabilidad, a partir del momento en que decidí emprender la tarea de preparación y escritura de este volumen.

La ciudad de Culiacán y la obra de Élmer Mendoza son los protagonistas de las siguientes páginas. Este texto, de aires híbridos y no fácil de definir en un compartimento estanco, más allá de su adscripción al amplio género del ensayo, emerge de un diálogo constante y retroalimentado entre la historia política, social y cultural y la crítica literaria. No está faltado de algo de heterodoxia y, en determinados momentos, se opta por despliegues arborescentes, a la manera que practica uno

de mis maestros queridos, el historiador Enric Ucelay-Da Cal. Oscila, al mismo tiempo, entre un relato pretendidamente despersonalizado y la frecuente intervención de un yo que se resiste a desaparecer, consciente de representar una vía subjetiva de acceso a mayores grados de objetividad. Como todos los libros, en el fondo, este también habla con frecuencia de su propio autor. La interrogación intelectual fabrica intersecciones con la experiencia personal. La escritura y la vida devienen prácticamente inseparables. He intentado evitar en lo posible la jerga más estrictamente académica, que cada vez se me antoja más cansina y frustrante. A pesar de que a algunas personas pueda parecerles que emprendo con esta publicación una aventura nueva, no es en realidad así. Se trata, más bien, de una continuación de algunas de las reflexiones y vías de análisis presentes en un libro que vio la luz en 2014 en esta misma editorial: *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura*. Allí, como aquí, el fértil diálogo entre la literatura, no entendida como simple fuente, la política y la historia constituye un ejercicio que aspira a mostrar las posibilidades de la imaginación —moral o literaria, no deseo en este momento entrar en cuestiones nominalistas— en las disciplinas humanísticas y sociales, a quebrar artificiales barreras en aras de profundizar en la comprensión y el conocimiento del pasado y del presente y, asimismo, a repensar las formas de la narración de la historia.

En el título, *Vida y violencia. Élmer Mendoza y los espacios de la novela negra en México*, he intentado condensar, en su primera parte, la interrogación esencial del ensayo, esto es, los contrastes y, a fin de cuentas, la paradoja de la coexistencia más o menos normalizada entre elevados índices de violencia y

miedo —en los que el amplio mundo del narcotráfico tiene una alta porción de responsabilidad— e intensas formas de sociabilidad, cultura, generosidad y alegría de vivir. La ciudad de Culiacán resulta, en este sentido, ejemplar. En una de las novelas de Élmer Mendoza, *Nombre de perro*, tal como puede verse en la cita que abre el presente libro, Susana Luján, que regresa a su ciudad natal, Culiacán, tras muchos años viviendo en Estados Unidos, le comenta al Zurdo Mendieta: «Oye, cómo se ha modernizado la ciudad, a pesar de lo que se dice de la violencia la veo llena de vida». Violencia y vida, vida y violencia. La segunda parte del título, en puridad el subtítulo, explicita el objeto de estudio y reflexión: la obra de Élmer Mendoza, en especial las novelas *noir* protagonizadas por el detective Mendieta, y la construcción de unos espacios literarios, definidos por lugares, territorios, encuentros, comidas, sonidos y muchas palabras. Remiten, evidentemente, a la realidad extratextual, sin dejar de ser imaginados. Culiacán es el centro del mundo creado por Mendoza. Una lectura atenta de estas novelas permite entrever una sociedad compleja y marcada por los contrastes, que rezuma vida más allá de los tópicos y de las leyendas. Y hace posible, al mismo tiempo, no conformarse con la simple etiqueta de narcoliteratura que a veces se cuelga a estas y otras obras del México norteño. Élmer Mendoza escribe, como ocurre casi siempre con la gran literatura, sobre su país y sobre su época. Este ensayo es, por encima de todo, el homenaje de un apasionado lector.

Tres partes componen la obra. En la primera, «*Noir*», trazo someramente la biografía de Élmer Mendoza y entro de lleno en toda su producción literaria, desde *Mucho que reconocer*, su primer libro, publicado en 1978, hasta *La cuarta pregunta*, de 2019. Aunque las

novelas que vieron la luz a partir de *Un asesino solitario*, principalmente la media decena protagonizada por el detective Edgar Mendieta, reciben especial atención, también resultan objeto de tratamiento los cuentos y relatos del autor y, asimismo, su producción dramaturgica. De *Balas de plata*, *La prueba del ácido*, *Nombre de perro*, *Besar al detective* y *Asesinato en el Parque Sinaloa*, que propongo adscribir genéricamente al mundo del *noir*, se presentan, en el bloque inicial, los personajes principales, las tramas, los contextos extraliterarios y el peso de la violencia y el narco. La segunda de las partes, «Culiacán, centro del mundo», está dedicada a los espacios literarios creados y recreados por Élmér Mendoza en las cinco entregas del Zurdo Mendieta. El núcleo del universo imaginariamente real de este ciclo novelístico se encuentra en la ciudad de Culiacán, delimitado en esencia por el triángulo formado por la vivienda del detective en la colonia Popular —la Col Pop—, la Jefatura situada por el bulevar Zapata y un par de establecimientos, el Café Miró y El Quijote. Rodean a este centro tres círculos concéntricos: el resto de la ciudad de Culiacán y sus alrededores, el estado de Sinaloa —Mazatlán, Altata, Los Mochis y la sierra adquieren, en algunos volúmenes, una especial importancia— y, como conclusión de un universo no necesariamente finito, el noroeste de México y el sudoeste de Estados Unidos, en particular California y Los Ángeles. Todos los espacios no sinaloenses resultan bastante sinaloenses, al tiempo que los no culichis son, a su vez, muy culichis. Culiacán es el centro de un todo en el que la violencia no le impide estar lleno de vida.

En la tercera sección, «¿Quién dijo odio los grupos con nombre de fieras?», finalmente, se muestra un particular interés por el espacio sonoro. Mientras que el

trabajo de lenguaje y con las palabras constituye, desde sus inicios, la esencia de la obra mendociana, la música adquiere en las novelas de Edgar *el Zurdo* Mendieta un papel muy destacado. Algunas páginas consagradas a los narcocorridos y a la narcocultura complementan esta aproximación. En el arranque del libro *Élmer Mendoza* se encuentra bien acompañado por el estadounidense Don Winslow, autor de *El poder del perro* (2005) y otras interesantísimas novelas; en los últimos apartados, en cambio, es el español Arturo Pérez-Reverte —y su indispensable *La reina del sur* (2002)— quien, junto con otros amigos y colegas del escritor culiacanense, ayuda a clausurar un ensayo que ha sido pensado como una auténtica lectura-viaje. El volumen se cierra con un epílogo escrito especialmente para la ocasión por *Élmer Mendoza*: «Espero no ser oportuno». He incluido una extensa bibliografía, que no pretende en ningún caso ser exhaustiva —sobre algunas cuestiones que abordo se han publicado centenares y centenares de trabajos—, sino únicamente mostrar la base directa de mis análisis y reflexiones.

Como todos los libros, *Vida y violencia. Élmer Mendoza y los espacios de la novela negra en México* tiene una pequeña historia. Empezó en 2018, cuando preparé un breve artículo titulado «Culiacán, entre narcos y ríos», que vio la luz en *F. La Revista del Foment*, una magnífica publicación desafortunadamente desaparecida que se editaba en Barcelona y que dirigía un admirado escritor y buen amigo, Valentí Puig. El objetivo de aquel texto consistía —meses antes había dedicado otro más extenso a París— en dar pistas para conocer algo mejor una ciudad bastante ignota en Europa, además de marcada por prejuicios e imágenes negativas, asociadas esencialmente con la violencia y el narco. Tras detener-

me brevemente en algunos aspectos históricos y en los contrastes de la población, me animaba a proponer en el artículo lo que podría ser una jornada perfecta en la ciudad. De esta manera, escribía:

Un día ideal en Culiacán, la ciudad de los tres ríos (el Humaya y el Tamazula, que forman el Culiacán, y el San Lorenzo), podría empezar por un buen desayuno, con café, papaya y unos huevos con chilorio —una especialidad sinaloense, aunque confieso mi debilidad, en este último terreno, por los huevos rancheiros—, seguido de un paseo por el centro y una visita al MASIN, el Museo de Arte de Sinaloa, que dirige con acierto Minerva Solano. El autorretrato de 1906 de Diego Rivera constituye una de las piezas más notables del centro. Hacia las 2 o las 2 y media es la hora del almuerzo. Puede ser en Los Arcos, mi preferido, o en otro restaurante, o bien en alguna de las múltiples carretas callejeras de mariscos. En esta comida no deberían faltar ni los camarones, ni los sabrosos y delicados callos de hacha, ni tampoco el pescado zarandeado; todo regado, si es posible, con tequila Herradura reposado y algunas botellas de cerveza Pacífico.

Tras un breve descanso en la habitación del hotel, en la tarde aconsejo acercarse a la capilla de Malverde, santo de narcos y personas humildes, cuya imagen mezcla rasgos del mazatleco Pedro Infante y de Jorge Negrete; no reconocido por la Iglesia, pero de extensa y arraigada devoción. Quizás tengan suerte y una banda toque corridos como agradecimiento de alguna persona por favores concedidos o promesas realizadas. Es un espectáculo que impresiona, al tiempo que permite entender algunos de los fundamentos de una extendida narcocultura. Para terminar la jornada, nada mejor que una buena conversación con amigos y conocidos en alguna cantina tradicional, como El Guayabo, que, a la música en directo, suma un extraordinario pollo frito, que sugiero acompañar con tortillas de maíz y salsa picante y maridar con cerveza Indio.

Acto seguido, a guisa de conclusión del texto, añadía: «Si consiguen llevar a cabo todo lo que acabo de proponerles, estarán en disposición de asegurar, como la Susana de Élmer Mendoza, que Culiacán está lleno de vida». De hecho, estas últimas palabras formaban parte del título que yo había sugerido para mi artículo —«Culiacán, una ciudad llena de vida»—, pero en la revista

consideraron más adecuado para un público español el otro. Seguramente tenían razón. Comoquiera que sea, Susana no era otra que Susana Luján, como he apuntado más arriba, uno de los personajes de las novelas negras del Zurdo Mendieta.

La buena acogida de este pequeño texto entre unos pocos lectores de confianza y entre algunos amigos sinaloenses —aunque me hicieron notar acertadamente que Pedro Infante nació en Mazatlán, pero se consideraba guamuchilense— me animó a continuar explorando las relaciones entre la ciudad de Culiacán y la obra de Élmer Mendoza. Así fue como decidí escribir un artículo mucho más largo, que debía formar parte de un libro colectivo que he dirigido con Eduardo Frías, profesor y buen amigo, con el título de *Los espacios de la historia en Sinaloa* (2020). Incluye un total de 19 colaboraciones, que combinan la preocupación por el espacio en la historia con las investigaciones sobre un territorio más o menos específico, el del estado mexicano de Sinaloa. Se trata de un volumen heterogéneo, que integra textos que cubren una amplia cronología, abordan temáticas variadas —la política, la sociedad, la economía, la cultura—, se mueven entre el espacio general y el espacio como lugar concreto y dialogan con enfoques teóricos procedentes de varias disciplinas, desde la historia al urbanismo, sin olvidar la economía, la geografía, la crítica literaria, la sociología y la ciencia política. Mi contribución específica, «Culiacán, una ciudad llena de vida: Élmer Mendoza, el Zurdo Mendieta y los espacios de la novela en el noroeste de México», retomaba en el título las palabras de Susana Luján y estaba centrado en el estudio del espacio literario definido por las novelas negras de Élmer Mendoza protagonizadas por el Zurdo Mendieta. El artículo acabó resultando larguísimo, re-

flejo del interés del tema tratado y de la pasión que desplegué en su elaboración. Una vez terminado, lo mandé a unos pocos compañeros para que me dieran sus opiniones. Uno de ellos, Pedro Rújula, director además de las prestigiosas Prensas de la Universidad de Zaragoza, me comentó, en octubre pasado, que en esas páginas había un libro y que estaba dispuesto a publicarlo. Me entusiasmé con la propuesta, hice un nuevo viaje a Culiacán, aparqué mis compromisos a partir de mediados de diciembre y me sumergí con renovadas fuerzas a reelaborar el texto. A pesar de mantener la estructura trina, este ha cambiado y se ha ampliado mucho desde entonces, en especial por lo que a la primera de sus partes se refiere. En cualquier caso, el final, por el momento, de esta historia, que empezó con un breve artículo sobre la ciudad de Culiacán, es el que se plasma en el volumen que el lector tiene en sus manos.

Muchas son las personas que me han prestado ayuda, en uno u otro momento, en la elaboración de este trabajo. Lo han leído, total o parcialmente, y me han hecho valiosos comentarios y sugerencias, Marta Piña Zentella, Ronaldo González Valdés, Diana Perea, Juan Luis Ríos, Eduardo Frías, Juan Esmerio, Carlos Maciel, Pedro Rújula, Iñaki González Casanovas y Scheherezade Pinilla. Toda responsabilidad sobre el resultado final es, evidentemente, solo mía. Algunos de los citados, en especial Eduardo Frías, me han guiado, además, en mis pesquisas en Culiacán. Juan Esmerio me prestó ejemplares de las primeras obras de Élmer Mendoza, de los años 1970 y 1980, que no encontré ni en bibliotecas ni librerías de viejo y ocasión, y Juan Luis Ríos, amigo y discípulo, me ayudó a localizar textos desde la distancia. Ronaldo González Valdés, estimado amigo también, me ha animado en todo mo-

mento a llevar adelante este proyecto y me ha abierto puertas y aclarado dudas.

Carlos Maciel *Kijano* ha tenido la amabilidad de crear tres ilustraciones para la obra, que abren cada una de sus partes. Le conté en una comida regada con abundante tequila en el Hotel San Marcos de Culiacán, a principios de diciembre de 2019, que estaba preparando este trabajo y se ofreció a elaborarlas cuando regresara a su estudio de Cuernavaca. Le estoy muy agradecido por ello. En aquella ocasión me habló de una pintura de años atrás, inspirada en la novela *Un asesino solitario*. Un fragmento de esta espléndida obra figura en la cubierta del libro. Otro buen amigo, el fotógrafo Daniel Mordzinski, me ha autorizado a reproducir uno de los muchos retratos que posee del escritor de Culiacán. Élmer Mendoza me ha hecho el honor, finalmente, quitándole tiempo a la corrección de la nueva y esperada entrega de las aventuras del Zurdo Mendieta, de escribir un epílogo para este volumen. *Vida y violencia. Élmer Mendoza y los espacios de la novela negra en México*, al igual que los demás trabajos que he dado a la imprenta en las dos últimas décadas, no hubiera sido posible, empero, sin otro flechazo, a añadir a los dos precedentes, permanentemente renovado desde finales de siglo: por Mònica, fiel compañera y lectora excelente.

*Gerona, en tiempos de COVID-19,
marzo de 2020*

Índice

Prefacio. Elogio del flechazo	11
I. <i>Noir</i>	25
II. Culiacán, centro del mundo.....	105
III. ¿Quién dijo odio los grupos con nombre de fieras?.....	183
Epílogo. Espero no ser oportuno. <i>Élmer Mendoza</i>	241
Bibliografía	247

ÉLMER MENDOZA ESCRIBE, COMO OCURRE CASI siempre con la gran literatura, sobre su país y sobre su tiempo. Sus obras, en especial las novelas *noir* protagonizadas por el Zurdo Mendieta, permiten entrever una sociedad compleja y marcada por los contrastes, que rezuma vida más allá de los tópicos y leyendas y de las realidades sobre la violencia y el narco. Culiacán, capital de Sinaloa, es el centro de este mundo fascinante. El ensayo de Jordi Canal, de aires híbridos y muy personales, que emerge de un diálogo entre historia y crítica literaria, propone una aproximación a los espacios construidos por Mendoza, definidos por lugares, territorios, encuentros, comidas, sonidos y muchas palabras.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza



Calidad en
Edición
Académica
Academic
Publishing
Quality

JORDI CANAL (Olot, 1964). Historiador y profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Autor de *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España* (2000), *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939* (2006), *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014), *Historia mínima de Cataluña* (2015), *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña* (2018) y *La monarquía en el siglo XXI* (2019). Entre los volúmenes que ha coordinado pueden destacarse los siguientes: *Exilios. Los éxodos políticos en España, siglos XV al XX* (2007), *Histoire de l'Espagne contemporaine, de 1808 à nos jours* (2009) e *Historia contemporánea de España, en 2 volúmenes* (2017).